

La vicevida

Trenes y viajes en tren

Valerio Magrelli

Título original:

La vicevita. Treni e viaggi in treno.

Gius. Laterza & Figli, 2009.

© 2009 by Valerio Magrelli

© de la traducción: Ernesto Hernández Busto

Kriller 71 Ediciones / Colección Mula Plateada

<http://kriller71ediciones.com>

info@kriller71ediciones.com

ISBN: 978-84-949610-7-6

Depósito Legal: B 4771-2019

Diseño de portada y maquetación: pez de tierra estudio.

La vicevida

Trenes y viajes en tren

Valerio Magrelli



Traducción del italiano
Ernesto Hernández Busto

Quien está en un tren es signo de que quiere ir a alguna parte, y lo hace siempre y sólo en vista de alguna otra cosa. Es decir, su objetivo está en otro lugar: la única excepción es el personal que viaja. Nuestra vida está llena de estas actividades instrumentales y vicarias, en el curso de las cuales, más que vivir, esperamos vivir, o mejor dicho, vivimos en espera de otra cosa. Pueden ser atroces como la burocracia y la enfermedad (entendida como “burocracia del cuerpo”), o bien neutras, como el viaje, justamente. Son los momentos en los cuales actuamos como vehículo de nosotros mismos. Es lo que llamaría la *vicevida*.



I. Infancia del tren

Aunque no pertenezco propiamente al ramo, tengo bastante experiencia para hablar de trenes. Yo, por ejemplo, he dormido en el acordeón entre dos vagones, esas extrañas pasarelas, esos puentes suspendidos y articulados, con goma o fieltro negro que hacen de pared, como en los fuelles de las antiguas cámaras fotográficas. Viajábamos de noche, en convoyes atestados, sin litera, sin puesto siquiera. A veces se dormía en los pasillos, hasta que una vez nos tuvimos que rendir, y nos acomodamos en el pasaje colgante.

La juventud es un fenómeno nocturno. El día, en general, cambia poco; a veces, incluso, mejora. Pero las tinieblas, la oscuridad protozoica de los diecinueve años... Aguas abisales, diez, quince horas de un sueño agónico. Confusión, confusión. Y entonces ¿qué cambia si dormimos en una cama o sobre una lámina de acero, inclinados sobre rieles, en un rombo, un quebranto a 120 por hora? Yo dormía así: era el sueño del tren.

Más que miedo, espanto. De niño, dejo París hacia la Bretaña, pero no se llega nunca. Pido noticias, y descubro estar en la línea hacia Bordeaux. Escapado, desviado hacia el sur. ¿Y el billete, y el dinero, y la cita? Tal vez fue así que empezó esa ansia de horario, de la parada justa, que desde entonces se apodera de mí a cada momento, incluso si viajo en autobús. Aquella señal granate, aquel rojo *bordeaux*, se imprimió de manera indeleble en mis recuerdos: es la herida, la amenaza que gravita sobre cada elección en el momento de partir, el terror, digámoslo, el terror de perderse en el desencuadernamiento de un mundo sin confines. Me ha sucedido incluso que he preguntado, en el avión, si el destino era el mío.

Trenes y trenecitos: dos imágenes. La primera viene de la infancia más remota, una excursión familiar, a algún proto-Disneyland. Entonces se llamaban algo así como “la Villa del Niño” y colindaban con tristes, beneméritas instituciones, como orfanatos, colonias estivales, cárceles de menores. Escogemos un juego del tipo “montaña rusa”, pero doméstico, agrario, con pequeños vagones que corren sobre los prados. Sobre los prados, sí, pero veloces, incluso velocísimos, a cuarenta, cincuenta por hora, sin dar señales de querer detenerse. Al fin, entiendo: se ha roto el freno, y mi padre se tuerce como un Laocoonte para frenar la bajada del proyectil. Se quedó en silencio toda la tarde.

Y aquí va el segundo recuerdo. Esta vez el padre soy yo, la pista más breve y controlada, un picado espantoso y el stop. Pero en mitad del abismo, he aquí el secreto, habían colocado un aparato para fotografiar a los viajeros. Veo los resultados de los disparos: desconcertantes. Son expresiones deformadas del pánico. ¿Basta tan poco, entonces?

Mi hijo rígido, tenso, con rasgos aún reconocibles, aunque fuertemente contraídos y marcados. Mi hija, en cambio, con una mueca grotesca, transformada en uno de esos animales fantásticos que se asoman desde las cornisas de las catedrales góticas. No es ella, es otra cosa, que se define, literalmente, como horripilación –piel de gallina, los cabellos erizados, una verdadera ducha química. Yo sólo

dejo traslucir la sombra de una sonrisa; espanto, pero consciente de la ausencia de peligro, aquella sonrisa que de seguro mi padre no habría mostrado si algún autovelox de carreras lo hubiese fotografiado en su loca carrera al precipicio.

Pasaba el verano en una casa apretada entre el mar y la calle. Más allá de la calle estaba la vía férrea y una campiña abrasada, amarilla, vacía, que se extendía hasta los montes de Tolfa. Detrás, Allumiere, con sus cuevas de azufre, tesoro y monopolio del papado renacentista. Venían de allá las espantosas tempestades eléctricas, cuando por noches enteras el cielo se convertía en un retículo de fulgores sin una sola gota de lluvia. Pasábamos agosto juntos, y desde entonces, barba tras barba, usando aquella sustancia cérea, fría, magnética, siempre he pensado en ciertos versos afilados como cuchillas, fijados al centro de una aureola brillante:

*Brillan sobre el color de la tinieblas
como espadas que giran sobre un vestido azul.*

*¡Por Dios! Mira cómo se hiere mi corazón
con el fulgor de un relámpago.
Amantes, ¿todos ustedes temen a los rayos?*

Ignoraba los pueblos vecinos. Todo se desarrollaba a lo largo de la costa, al abrigo del mar, vacaciones infantiles y abstractas, el rollo de película de la Aurelia con incidentes, incendios, largos silencios postmeridianos en el vacío del carril. Ah, la rotura, el coche inclinado, y aquel tórax desnudo, deformado, y aquellas cosas desparramadas

mientras se hace el silencio; son las tres de la tarde, tengo diez años y ya desde los diez le doy de comer a la bestia. Carne, carne cruda, peste de frenos.

El tránsito constante, muy cercano, del tren, yo que estoy en la terraza y saludo a mi padre que se va a Génova.

¿Qué significaba aquel padre en fuga, su aparición brevísima, y aquel adiós que en cambio dura ya 40 años? Sólo recuerdo que nos saluda. Ser padre, tal vez, quiere decir saludar. Es un dios que no protege, que sólo puede huir.